

"Nada puede existir para siempre". (Stephen Hawking)

"Todo lo que puede ser imaginado es real". (Pablo Picasso)

El contexto, a modo de pre-texto

Hace unos meses Alfonso Crujera me invitó a escribir un texto para el catálogo de la exposición retrospectiva que el Gobierno de Canarias estaba organizando sobre su trayectoria artística. Desde mi particular convicción de que los caminos de la existencia no pueden deslindarse en vías divergentes, para mí esa trayectoria inevitablemente recorre también lo personal. Y quizás por ello esos "mundos paralelos" que lleva por título la exposición. Además, en esta ocasión en especial me será imposible desvincular la amistad de mi opinión sobre la obra de este "creador de imágenes", como a él le gusta definirse, alejándome por ello de cualquier intento de análisis teórico o formal de su trabajo. Él mismo lo dejó claro al hacerme la propuesta. Sus palabras todavía resuenan en mi interior: "me haría mucha ilusión que me escribieras algo como hiciste para nuestro amigo José Miguel (Aceytuno) en su exposición". Qué honor, pensé. Qué gratitud, sentí. Y qué responsabilidad siento cada vez que me pongo delante del teclado para comenzar a hilvanar palabras. Pero vencer el pánico por amistad es todo un reto.

Desde esa confianza, con la mejor de las intenciones intentaré en primer lugar situar el tiempo real, el nuestro, como una secuencia de pasados que recorren incansables los laberintos de mi memoria. Nos conocimos en 1984. Era verano, más concretamente principios de junio. Se celebraba el Día Mundial del Medio Ambiente y estábamos frente a "La Bolsa de Basura", una instalación gracias a la cual tuve la fortuna de hacer entrañables amigos aquí, en esta isla de Gran Canaria que desde entonces, aunque después supe que desde mucho antes, ha acompañado un "sentirme isla". Un sentir que poco tiene de explicación racional, ni tampoco importa. Por citar otra fecha, en 1986, coincidiendo con uno de mis esporádicos, entonces, viajes a la isla, participé con otros buenos amigos en el traslado de su casa y estudio a San Felipe. Una circunstancia

que permitió arraigar nuestra amistad y propiciar mi progresivo acercamiento a su obra, y un lugar cuya impronta permanece arraigada a mi imaginario vital.

Así que, acudiendo de nuevo a las citas de Hawking y Picasso que encabezan este texto, me libero de todo compromiso formal, pidiendo de antemano excusas a mi querido amigo Alfonso por si acaso lo escrito no cumpliera con las expectativas de su invitación. También excusas a los posibles lectores por si mi atrevimiento es un exceso para la ocasión. Sin embargo, para mi tranquilidad, con cada signo, con cada palabra, va mi sentir más íntimo y mi sincero reconocimiento hacia el valor de la obra de Alfonso y, en especial, a su posicionamiento a través de ellas respecto al territorio, a los paisajes, a los mundos en los que, paralelamente, nos ha tocado vivir.

"Mundos paralelos"...

entre los cantos rodados de mi memoria

ISABEL CORRAL

Ella, desde la ventana, contemplaba el transcurrir del lugar en el que había decidido quedarse por un tiempo, hacía ya mucho. Una sencilla construcción, a la que llamaba "casa", ocupaba un pequeño entrante del camino de aquel barranco festoneado de lava, en el que no se distinguía signo alguno de otra humanidad. Era "su mirador", una humanización del espacio que le permitía fingir que la soledad no era cierta. La playita que desde allí oteaba aparentaba ser tan solo un depósito natural de detritos volcánicos de todos los negros y rojos posibles de imaginar. Las olas de holas del mar transformaban aquella rocalla en "cantos" que ella oía y que pacientemente acariciaba al atardecer. De vez en cuando, uno de los cantos llamaba especialmente su atención y, como si de un acto ritual se tratara, lo re-acogía. Mientras esperaba el momento apropiado para acometer la tarea para la que había llegado allí, su día a día se entretenía intentando indagar la procedencia de esos cantos que resonaban en su interior. ¿Serían simplemente rocas arrastradas desde el centro de la isla? ¿Habrían

emergido de los fondos marinos y allegado a la orilla gracias a las corrientes y al oleaje que, a modo de zinkel, modelaba la costa? ¿Era aquel paisaje un gran lienzo tridimensional, o una gigantesca escultura, siempre por acabar? ¿Serían restos de otros mundos? ¿Habrían sido alisados manualmente por alguien?... "*The answer, my friend, is blowin' in the wind*", recordó que le habían dicho que una vez escribió un poeta llamado Bob Dylan.

"La casa" era un antiguo almacén agrícola, casi cuadrado, rodeado por los restos de una finca de plataneras que un día había sido un gran jardín. Pero en este tiempo ya no había ningún elemento que le permitiera visualizar la belleza y singularidad de aquel lugar. Podía soñarlo, quizás. Podía, también quizás, recordar haberlo vivido alguna otra vez... Atardecía, ahora. Y como cada día, nada dejaba entrever que algo significativo podía ocurrir para sacarla de aquel encantamiento que el horizonte ejercía en su mirada. Pero era precisamente ese ensimismamiento de azul el que le daba acceso a un universo que le permitía trasladarse a otro tiempo para escudriñar realidades que permanecían ocultas en algún recoveco de su memoria. La vida en aquel lugar transcurría como si estuviera enclaustrada en un monasterio al que guardaba, a la espera, de... no sabía qué. El silencio solo era usurpado por pensamientos que a veces se atrevía a vocear entremezclados por los cantos que, desde la playa, ascendían por el risco para acompañar su ritmo. Nadie más habitaba el lugar en aquel tiempo. Un día, tras un esplendoroso amanecer tuvo un arrebató creativo y pintó la casa de azul. Por dentro y por fuera, como si con ello pudiera dotar a las paredes de una inmaterialidad que permitiera albergar su alma, o cualquier otra.

Rememoró de nuevo el momento en el que se había topado con algunas fotografías antiguas, extrañamente encontradas en aquella otra casa, en Barcelona, a la que había llegado gracias a un anuncio de "se presta casa compuesta para vivir un tiempo". Allí, además de fotos de un lugar que esperaba re-conocer, había encontrado una libreta manuscrita y un cuadro que colgaba de una de las paredes. Indagó algunos detalles y, en un acto irracional, a los pocos días decidió cerrar aquella casa para ir a la isla, en la que quiso entender que el dueño de aquellas cosas había vivido alguna vez. ¿Alguna vez? La extrañeza de la situación le produjo un estremecimiento que inquietó aún más el inicio del viaje. Quizás simplemente soñaba, pensó mientras una voz anunciaba un

inminente aterrizaje. Se desperezó. No, no era un sueño. Bajó del avión. Respiraba a húmedo, a sal. Alguien la estaba esperando para llevarla, de nuevo, hacia la costa norte. De nuevo, se repitió, recordando que ya había estado allí. La primera vez había sido una casualidad de los tiempos. La segunda no. Hacía ya mucho, no obstante. Otro mundo. El destino, quizás. Pero ahora, en este tercer viaje a la isla, los mares de plataneras ya habían desaparecido y los azules marinos parecían resquebrajados como en un lienzo mal conservado. Solo el fondo del paisaje aparentaba permanecer con una pétrea gama de ocres. Llegaron. San Felipe, recordó que se llamaba el lugar.

A veces, uno quisiera no haber roto amarras para ilusamente navegar por los rincones del universo. Pero uno no puede, demasiadas cosas hacen levar anclas del puerto cobijo. Y así, uno vaga y vaga por los confines de su mente, atrapado en un no-saber, en un no-hacer. Quizás en algún querer... o no-querer. Para salir de tanto no recordó su sorpresa al ver que el acceso al lugar era por la antigua carretera que bordeaba la costa. La autovía había desaparecido. Algunas palmeras no. Y plantas y arbustos colonizaban de nuevo el barranco. Antes, aunque no sabía cuánto antes, existió un caserío alineado a orillas del mar. También hubo casas dispersas, algunas de simple y bella arquitectura popular que igualmente habían sucumbido al aparcar la agricultura por las autovías. Nada quedó de tanto esfuerzo. Todo fue engullido por el efecto colateral de la civilización y el desarrollo. De aquel entonces tan solo las piedras guardarían algo de historia, pensó. Entre ellas, los ciclópeos pilares que durante lustros habían soportado aquel equívoco transitar. La presencia de grandes muros de cantería hacía saber que el sitio había sido intensamente labrado. Una leyenda contaba que algunos de los habitantes habían decidido "deconstruir" ellos mismos sus casas antes de verlas demolidas por las trituradoras oficiales. El paraíso volverá, decían que pensaban los más soñadores. Y pensando en ellos, lentamente dio el último brochazo de azul a la casa. Llegó la noche. Ya era hora.

En aquel cielo nocturno millones de mundos brillaban a lo lejos mientras la luna iluminaba su pequeña estancia. Tomó la libreta encontrada. La abrió y leyó la primera página. *El vendedor de cuadros*, ponía. Estaba escrito con lápiz, una herramienta de la que ella había tenido conocimiento, pero que estaba descatalogada hacia ya mucho.

Qué tendría que ver, se preguntó, aquella frase con la nota, algo borrosa, que había podido leer detrás del cuadro que colgaba en la pared de la casa de Barcelona. Lo



recordó de nuevo: *Sin título*. Serie *Strand*.

1991. Alfonso Crujera. Era una obra sensiblemente texturada. Toda azul, diría. Parecía como si el autor hubiera querido immortalizar restos encontrados en algún lugar costero, pensó ella al recordar tanto azul en el lienzo. Restos no humanos, parecía. Naturalezas salvajes, quizás. La composición estaba muy clara. Partía de un conjunto informe de pinceladas y texturas a modo de oscura roquedad que se concretaban en círculos concéntricos abiertos con cierta voluntad direccional, quizás un camino...

¿de ida o de regreso? ¿Sería el plano de

una antigua ciudad? ¿Futura, a lo mejor? ¡Imposible saber! Al día siguiente bajaría a costear la zona intuyendo un primer paso en el camino del conocimiento, sin tener ni mucho menos claro qué esperaba descubrir exactamente. ¿Al autor de la obra? ¿Al vendedor de cuadros?

Aún amaneciendo, tomó el camino que desde la casa llevaba a la costa. El mar, poderoso, parecía venir a su encuentro. No era sencillo costear. El roquerío lávico se lo impedía. Pero era de una belleza exultante, primitiva. Le pareció evidente que la mezcla de fuego y agua había labrado aquel paisaje con el transcurso de los tiempos. Recordó el *Strand*. Y absorta en los cantos que ahora la rodeaban, oyó, desconcertada, algo que no era un canto sino un sonido... humano. Se volvió hacia el camino por el que había llegado. Un anciano la miraba con benevolencia. Ella se acercó. Saludó con un gesto y él respondió con una palabra, comprensible, para su sorpresa. *Strand* significa orilla, dijo. Y de repente ella creyó entender. El artista de aquella obra, Alfonso Crujera, tenía que haber vivido en un lugar parecido para poder plasmar tan extraño paisaje.

¿Cómo era posible que aquel anciano hablara en un lenguaje comprensible para ella? ¿Y por qué conocía el título de aquel cuadro? Ella había oído hablar de algunas teorías que propugnaban infinitos universos, paralelos, decían, para poder vivir entre uno y otro. ¡Qué absurdo! Miró más detenidamente al anciano y su aspecto le llamó poderosamente la atención. Aparentaba muchos, muchos, años, pero era real. Marchándose ya, como desapareciendo, le oyó decir que efectivamente allí había vivido un creador de imágenes. ¿Qué pasó con las obras? ¿Y con él? El silencio fue la respuesta. Pero ella supo que, en algún lugar, habría otros *Strand* con arenas ocres pegadas a lienzos con fondo azul infinito.

Regresó a la casa y se sentó en un pequeño muro que la elevaba lo suficiente como para no perder de vista el horizonte. Tomó de nuevo la libreta. Paso la página inscrita como *El vendedor de cuadros* y, en la siguiente, las palabras colapsaron la capacidad de comprensión de aquel día. *Aras viteita, arasmasno, asserna, ara tangla, aernet ti, arss mequeina, arcamnac, aras trenia, asdrej, arasnía...* No era lo que ella sabía que alguien había llamado "latín", una lengua hablada por antiguas tribus y que llegó a ser la raíz de muchos sistemas de signos... inexistentes ya. El mundo había sido invadido por un único lenguaje. Ya no se necesitaban traductores de palabras ajenas. Todos hablaban igual. Mejor dicho todos callaban. Nada nuevo que decir. Pero no quería sucumbir al desánimo. Estaba allí justamente por eso. Así que decidió que ante la constancia de que *Strand* podía relacionarse con determinadas formas y colores naturales, intentaría hacer algo con aquellas extrañas palabras, se dijo convencida de que seguramente serían títulos de obras creadas por el mismo artista, al que su agente, *El vendedor de cuadros*, habría logrado introducir en el mercado del arte que alguna vez existió, supuso ella.

Todas las palabras comenzaban por la misma letra: a. Sin duda, un principio, pensó. Además, la mayor parte lo hacían con el mismo vocablo: ara o aras. ¿Estaría



relacionado con el "arar" la tierra, por ejemplo? ¿Sería la expresión simbólica de dar forma a una idea "arando" con colores un lienzo? Súbitamente recordó que una vez había oído otros usos para esa palabra, como por ejemplo "... y en aras del bien común los compromisos se firmarán en un ara". Pero nada más lejos de la realidad. El bien común había desaparecido de aquella civilización justamente por no cumplir con lo comprometido. Desechó seguir por esos derroteros para volver a recrearse en cómo pintar aquellas palabras. Intuía que, si realmente fueron pinturas, todas serían acuosas, marcando dos partes, arriba y abajo. Quizás también dos colores. Uno de ellos azul, inevitablemente, el otro rojizo como las tierras de aquella isla. Serían, por imaginar, paisajes simbólicos, expresiones de un determinado estado mental del artista. El rito del crear, perdido lamentablemente por la charlatanería, las prácticas de la mercadotecnia y la progresiva usurpación tecnológica de la mano, olvidando lo que dijo una vez Le Corbusier, aquel extraordinario hacedor de casas, "Prefiero dibujar antes que hablar. Dibujar es más rápido y deja menos espacio a las mentiras". Recordando la cita, pensó que seguramente ella debería callarse, pero era tanto el silencio de aquel atardecer que ni los cantos de la playa llegaban hasta su casa. Seguiría atreviéndose, decidió.

Aras viteita contendría en la mitad superior una mancha, ligera, etérea, diluida, a modo de re-presentación de una especie de casa-barco donde poder asilarse. *Arasmasno*, puede que *aras-mas-no...* *aras*, tendría un gran círculo para contener la pérdida, el dolor, el no poder, la sangre de la vida. Otros nombres como *Aras trenia* e incluso *Asdrei* podrían pintarse como naves a la deriva. A todos los imaginaba como signos, huellas, danzando en el cristal de alguna ventana. Si realmente aquellas palabras hubieran sido pintadas alguna vez por un artista al que llamaban Crujera, su obra habría sido vasta, y tan sorprendente, quizás, como los títulos. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría expuesto alguna vez? ¿Cómo localizar al *vendedor de cuadros* para indagar sobre el tema? Y con esa última pregunta, entró en la casa, se estiró y cerró los ojos. Al día siguiente supo que la noche fue para soñar que pensaba. Y pensó con palabras de otro, como casi siempre hacía. Era Markus Gabriel, un renovador, decían, de la filosofía contemporánea de entonces. "El arte ostenta un poder incontrolable. Por eso nadie, ni el observador ni el artista, están en posición de dirigir y dominar su destino". Un rayo

de sol hizo que entreabriera un ojo y volviera a aquella extraña realidad en la que había decidido perderse por un tiempo.

Sabía que en la ciudad todavía existía un Museo, un lugar donde aún se custodiaban objetos que alguien decidía que eran tesoros de la humanidad. Iría. Costearía, pensó, por si de paso pudiera distinguir más *Strand* y corroborar con ello si algunas sensaciones visuales se convertían en certezas pictóricas. Además, si se alejaba un poco del lugar, quizás podría descubrir si quedaba algún vestigio del taller del artista. No quedaría nada, seguramente. Lo más probable es que él hubiera sido uno de los que decidieron de-construir su casa y trasladarla a otro sitio para que el barranco volviera a revivir como jardín selvático. Un hecho que le interesaba especialmente escudriñar por los entresijos del tiempo... previo al desastre, a la in-humanidad. Pero como el tiempo parecía ser una especie de juego de enredos, en el que sin darse uno cuenta el antes se convertía en ahora y el ahora en mucho después, poco importaba entonces lo que tardara en llegar a la ciudad. Llevaría consigo la libreta del *vendedor de cuadros*. Por el momento no había querido sobrepasar las páginas que contenían las *a...*, en el convencimiento de que el ritmo de lectura debía ser ritual. Bajó por el camino del barranco con la esperanza oculta de que el anciano del día anterior volviera a toparse con ella. No fue así. Nadie la recibió en la costa. El mar estaba aquel día más alejado y "los cantos" se habían modulado como si quisieran darle la bienvenida. No era un mal comienzo para el tránsito, sintió.

El sol que la había despertado aquella mañana estaba en su cénit, casi. Y viento y oleaje parecían haberse amansado para que caminar por la costa no fuera un sacrificio irrealizable. La morfología de la zona le iba haciendo descubrir un catálogo de texturas y colores lávicos de distintas etapas geológicas. De vez en cuando, tras las crestas de algunas olas aparecía un bello charco de marea ofreciéndose para un refrescante baño de bajamar. Atardecía casi. En un rato el sol se ocultaría por un tiempo. Y casi de repente el cielo lo enrojeció todo, de tal manera que ella sintió temor al abismo. De su mochila, cargada ya con algunos cantos que de tanto rodar se habían transformado en puntos, sacó una botella de agua... dulce. Y así logró llegar a una pequeña rasa. Cerró los ojos, emitió un profundo suspiro y de pronto no supo en qué realidad respiraba. No

obstante, algo estaba claro, pensó, de aquella costa habrían salido muchos *Strand* de Crujera. Debía seguir un poco más y localizar algún cobijo nocturno. Lo encontró en una zona de salinas naturales. Bella, muy bella. La noche no se había cerrado todavía y la sal se mantenía con distintos tonos plateados, rosas, malvas imposibles de describir, diría. No de pintar. Un lugar sin duda mágico donde pasar la noche.

Ya en la mañana pudo comprobar que las salinas estaban lamentablemente arruinadas. En la zona había una pequeña construcción que le había servido de cobijo. Un almacén de sal, seguramente. Se acercó a las rocas sobre las que el mar chocaba con cierto estruendo y descubrió los pequeños muritos de piedra volcánica que hacían de cuencos en los que la sal iba cristalizando lentamente. La zona aparecía como festoneada gracias a la unión de la naturaleza y el hombre, antiguos ambos, sabía. Se entretuvo entre ese bordado pétreo al descubrir que algunas de aquellas piedras no eran volcánicas ni tenían formas o marcas naturales. Parecían trozos cerámicos expresamente ranurados, grabados, quemados por el sol... o por algún fuego art(e)ficial, se dijo por jugar un rato con las palabras. Se sentó ante el espectáculo de la producción natural de sal y abrió de nuevo la libreta del "*vendedor de cuadros*". Pasó unas cuantas páginas en blanco y, sin intentar comprender lo que ello significaba, llegó a una en la que había un escrito que exponía con cierto detalle que *el vendedor* había comprometido una exposición de Alfonso Crujera. El mismo autor, para su sorpresa, que el de los *Strand*. La muestra, que debía realizarse en las Américas, viajaba en barco. Nunca se supo el incomprensible motivo del naufragio en las proximidades de la costa isleña, pero sí que los fondos marinos acomodaron aquella *Obra solar*. Y se supuso que era tanto el amor que el artista había puesto en esa serie, que no pudo negarse el placer de volver a comenzar con las torres, columnas, esferas, discos o jardines... de barro marcados a fuego, y con nombres propios.

Ella fue seleccionando algunos de los restos. Y a partir de ellos imaginó formas posibles. Si este pequeño trozo de barro que tengo en la mano hubiera sido originariamente rectangular, con esquinas rectas, casi a escuadra, y se hubieran repetido múltiples piezas distintas modeladas con la intención de construir un rompecabezas de pisos, la *Torre de Vritra* podría haber llegado hasta el infinito, pensó

ella atravesando límites que seguramente nunca hubiera debido sobrepasar. Pero lo hizo. La imaginación, como los mundos o los universos, tienen sus fronteras eternamente difusas, equívocas. Apartó aquel resto a un lado y siguió buscando otros para intentar re-crear la belleza que intuía tuvieron aquellas esculturas. Un trozo de cuenco visto en uno de los charcones había llamado su atención. Estaba a unos dos metros. Se lanzó a recogerlo. Unas marcas estriadas podían distinguirse a pesar de los musgos marinos que se le habían adherido. Seguramente, pensó, había permanecido semienterrado demasiado tiempo en algún fondo más lejano. Efectivamente era un trozo. Pero de qué. No sabía. Se imaginó una forma arcaica, tubular, quizás maciza. Equilibrada, a modo de tótem. De repente le asaltó un pensamiento sobre lo que debieron significar los encuentros de pecios con restos de vasijas y estatuas de antiguas civilizaciones. Al fin y al cabo, el barco del *vendedor de cuadros* también había naufragado con obras de arte. Aunque quizás todo fuera pura especulación y hubiera sido el propio artista quien echara a la mar sus obras para poder repetirlas infinitamente.

Siguió recorriendo la zona y recolectando trozos que le parecían de algún interés para reconstruir el trabajo de aquel artista. Y enhebrando una idea con otra pensó que era posible que los *discos solares* de barro tuvieran una imagen similar a los círculos que recordaba de aquel *Strand* que tuvo la oportunidad de ver en Barcelona. Pero en el ahora, el sol comenzaba a pincelar de rojo todo lo que había entre ella y más allá del horizonte. Hacía mucho que solo hablaba consigo misma y, por ello, hechizada por aquellos rojos solares se atrevió a preguntar en voz alta cómo serían los *jardines* de Crujera. Y fue el mar desde un bufadero próximo quien respondió: "circulares". Pequeños paraísos. Miniaturas de lo que un día fue la isla, quiso imaginar ella. Tenía sueño. El día siguiente sería duro para conseguir llegar a la ciudad. La reconocería, seguro, aunque le habían dicho que, por fortuna, algunas cosas habían cambiado para bien. En la ciudad también se habían de-construido edificios y limitado la circulación de autos. Todo parecía ser más comunitario. Más sano. Amaneciendo ya, cargó su mochila repleta de "restos arqueológicos", quiso pensar, y volvió a retomar el camino costero. Pero cada vez se hacía más y más complicado. La costa, acantilada ya, se había ido rompiendo y algunos grandes bloques partieron hacia el mar a modo de islas reflejo de

la isla. Tras horas de camino, un alto la obsequió con una imagen de la ciudad. A lo lejos se podía distinguir la silueta de "la isleta", recordó que la llamaban, emergiendo del mar con sus volcanes y el istmo que la unía a la gran bahía de LPGC, siglas de Las Palmas de Gran Canaria, la gran ciudad de la isla. Una imagen digna de haber sido gravada para el recuerdo.

Una luz choca contra mi ojo. Lo abro. Veo mi mano agarrada a un trozo de metal pulido que parece un consolador de sueños, aunque sé que es un *Betilo*. Una de aquellas piedras mágicas que, dicen, caían del cielo. Miro a mi alrededor, y constato que he dormido al aire libre en un Rincón del Parque de la Música. Un final de barranco que, al fin, los ciudadanos consiguieron habilitar para una nueva era cultural. Debo haber estado soñando, intuyo, viajando por otros tiempo y lugares. Mi móvil dice que estamos a 20 de noviembre del año 2020. Y un sonido me avisa de que, justamente hoy, inaugura una exposición mi buen amigo Alfonso Crujera. Pero como todavía tengo un rato para entretener al tiempo, decido pasear por el Parque y me detengo en uno de sus parterres, justamente en el del SOS de Crujera. Una obra con la que supo inmortalizar la angustia de algunos humanos ante el desastre provocado por otros. Su SOS, estaba allí, atendido finalmente en un nuevo espacio público, nuestro, de todos. Aquella tarde, abiertas las puertas de La Regenta, disfruté del conjunto y variedad de la obra. Una exposición esperada por muchos con ansia de contemplar la capacidad creativa del artista. Me paseé atentamente por los grabados y me extrañó no recordar aquellos papeles marcados al agua en mi soñado recorrido costero.

Agradecí especialmente la serie *Sacred Place*, porque ese título y sus polvos dorados cerraron, por entonces, mi deambular por otros mundos. "La eternidad es mucho tiempo, especialmente hacia el final", dijo sabiamente Stephen Hawking. Y como al final hemos llegado, solo me resta anotar que este escrito de algunos de tus "mundos paralelos" tiene exactamente cuatro mil doscientas veinticuatro palabras. No por casualidad, sino porque Douglas Adams decidió en *La Guía del autoestopista galáctico* que la respuesta al sentido de la vida, el universo y todo lo demás era el número 42. Pura ficción, como casi todo en este universo de paralelos perdidos.